

Piedra libre

Beatriz Guido

Editorial Galerna

*A Joaquina Borthagaray de Casabellas
y también a Isabel y Angeles, sus hijas.*

Primera edición: Marzo 1976
Diseño tapa: Franco Garutti
Tirada: 10.000

© 1976, Editorial Galerna
Talcahuano 487, Buenos Aires
Hecho el depósito que indica
la ley 11.723.

Derechos reservados
para todos los países e idiomas.
Prohibida la reproducción parcial
o total sin la autorización
de la editorial.

PIEDRA LIBRE

Amalia madre ingería pastillas de anís con lavanda o alhucema para que su orín oliera a sus flores predilectas: lograba además vencer otras pestilencias con un adecuado régimen de clavo de olor y especias olvidadas; conocía otras artes afrodisíacas y onanistas que contribuían a mantener intacto el encanto de la burguesía.

“Al Papa Formoso, por ejemplo, en el Siglo de Hierro, durante los concilios cadavéricos, le abrieron las entrañas para descubrir las señales del pecado mortal —comentaba Amalia grande—. Gran error: es preferible callar, no averiguar. El silencio y la prudencia son las principales virtudes teologales. No se debe indagar lo sobrenatural; el silencio del Vaticano ha mantenido seguro su reino”. Ella conocía la forma de reconstruir parcialmente la virginidad con alum-

bre. "Se puede —decía— ser virgen todas las veces que se quiera. El año pasado leyó en el Express que la clínica Saint Emile, en Ginebra, se especializaba en devolver vírgenes a las más afamadas demimondaines, como decía ella, "para satisfacción de los violentos deseos de los sheiks árabes... ¡La mansión de los bárbaros en París! Hubiera preferido los paracaidistas argelinos de Salan a esos infieles, siempre rodeados por sus sucias mujeres, llenos de piojos bajo el fez. Todo por el maldito petróleo —repetía Amalia—: negro como la raza infame, sucio, gelatinoso".

Amalia madre abandonó sus debilidades después de la tragedia; tragedia, por no decir "cosa de mandinga", como llamaban al accidente de Amalita: desaparición, secuestro o huida; las suposiciones se tejieron en torno a la desaparición de Amalia hija, Amalita, la noche de su boda con Ezequiel Laplacette, el 12 de diciembre de 1954.

"La novia de Guerrero", la llamaban en la provincia, como a la otra novia, la de Módena; porque lo mismo que ella Amalita desapareció en su noche de bodas en el castillo La Amalia, en Monasterio, partido de Guerrero.

Eugenia, hija única del capataz de la estancia, baguala y ladina, ejercía una poderosa atracción sobre las dos Amalias, justificada por su inteligencia y por la sagacidad de sus respuestas. Su increíble memoria la hacía imprescindible en todo instante: recordaba el lugar del último vaso de la casa; conocía dónde se guardaban las llaves de las porcelanas, de la vajilla de plata, la histórica colección de mates

de plata y los pastilleros bizantinos. Nada le era desconocido en la casa, la rama del ala izquierda del castillo por donde se trepaba hasta la terraza; el jazmín, el níspero y la magnolia rosa de la barranca que baja hacia la laguna.

Amalia madre sentía por ella rechazo y sumisión; había crecido sola como baguala, decían, en los campos de La Amalia, en Monasterio, junto a la Ruta dos que lleva a Mar del Plata.

Los perfumes también transitan con los acontecimientos históricos; el heliotropo, el muguet, la magnolia foscata y el jazmín del país, el narciso negro, el azahar, reinaron entre 1914 y el 18; perecen con la última guerra. Sin embargo el heliotropo perfumaba la noche de ese 12 de diciembre en la estancia de Monasterio, partido de Guerrero. La capilla y el camino a la estancia fueron decorados con miosotis y jazmines. Las camelias rojas que Amalia madre mandó traer de Brasil, de la isla de los Muñiz Barreto, no fueron utilizadas, por el temor a la semejanza con la divisa punzó. Unitarios de alma, no conocían otro nombre en la familia que el de Amalia; Amalia la abuela, la bisabuela, la hija y también las hijas de peones y chacareros. Desafío unitario al nombre de Juan Manuel o Facundo.

Amalia había heredado las quince hectáreas que compartía con su madre; el casamiento con el único Laplacette reforzaría el feudo más grande de la provincia, ¿por qué no? Así lo quiso el finado. "Mientras les dure", respondían las voces de la peonada.

Ezequiel Laplacette apareció una tarde, después de terminar sus estudios en Lexington, con un saco de tweed claro, impostado acento criollo y una risa tajante con la cual disimulaba los insultos a la peonada en el campo de polo.

Se conocían con Amalia desde niños y, tal vez por esa razón, los encuentros previos al casamiento fueron siempre en presencia de Amalia o de Eugenia.

Amalita respondía, refiriéndose a ella: "Si pudiera llevármela a Buenos Aires y prepararla para ama de llaves; pero es demasiado inteligente. Le va a dar por el estudio". "Demasiado mal hablada", corregía Amalia.

Pero Eugenia sabía que ése era su don principal. Memorizaba los chistes soeces de la peonada para divertir a madre e hija. Y era consciente del poder que ejercían su belleza y la procacidad de sus palabras. "Hereje, te quemarán viva" —le respondieron cuando apostó orinar mientras la confesaban en el confesionario de la capilla. En el invierno almacenaba sabiduría en la escuelita de campaña y ni las tormentas ni los vientos despiadados del sur de la provincia impedían su asistencia. Todo quería saberlo: anatomía, matemática o letras, la llevaban hacia un solo fin, uno solo: ilustrarse para encandilar a "las Amalias", como llamaban a las poseedoras del feudo. No olvidaba tampoco cultivar su destreza física; montaba a caballo como el más avezado de los peones; apenas alcanzó la estatura necesaria para igualarlos, los aventajó en la doma y en la yerra.

Sus pómulos aindiados y los ojos violetas imponían en la peonada temor y respeto. Usa-

ba el látigo de tientos y el facón de plata que le había regalado el finado patrón, siempre en el cinto, sobre sus bombachas. Cuando regresaba a altas horas de la noche, desde el casco hasta el rancho de su padre, se cercioraba de su existencia; no titubearía en usarlo al primer intento de atropello.

"No temo por Eugenia —decía su padre—: es más macho que un padrillo aburrido. Si no lo es, lo aparenta". No se consolaba de la ausencia del varón; le enseñó los secretos del manejo de la yerra, en la parición, en la doma y en el desembichamiento de animales. Ciencia y brujería heredó de la pampa e intuía también el tiempo preciso de la fecundación. No temblaba ante el apocalíptico acto sexual del gran premio de la Rural de ese año, con las dóciles y sedientas presas.

Eugenia observaba con precisión y ciencia el envasamiento del semen y respondía con un insulto soez a la menor sonrisa o chiste procaz. La peonada la respetaba y la temía. Pero a Eugenia sólo le importaba una cosa: las Amalias, la tierra y sus dueñas; halagarlas a veces, dominarlas otras, convertirse en imprescindible; amable, astuta, divertida, soez, ingenua, cualquier cosa, antes que perderlas. Sabía que eran su única posibilidad, su único camino para el triunfo de sus deseos oscuros, imprecisables.

Eugenia ayudó a vestir a Amalita el día de su boda, ese 12 de diciembre de 1954. Mensajera de suspiros, corre a campo traviesa hacia el casco de los Laplacette, mientras Ezequiel, ayudado por sus amigos, ensaya el jaqué encima de los calzoncillos. "Pasá, Eugenia", invitó

ante los golpes a su puerta. Ella entrega la misiva y se ruboriza. No se atrevió a levantar los ojos. Mientras leía la carta frente al espejo de la poltrona de terciopelo, apartándose de sus amigos, la sentó en sus rodillas. Eugenia se vio reflejada en el cristal mientras Ezequiel acariciaba sus cabellos oscuros, casi azules y leía la carta de Amalia. Se curvaron sus cejas, estrujó la carta, la rompió en mil pedazos y la quemó con el fuego de su cigarrillo.

Eugenia alcanzó a leer "su piel es igual a la mía", pero la tercera persona se distorsionó en la segunda posesiva. Ezequiel volvió a acariciarla. Eugenia sintió que su corazón había dejado de latir. Y para siempre invocó el conjuro, el definitivo y último juramento: amar a ese hombre cuya mano se deslizaba una y otra vez por los cabellos que le caían en la espalda abriendo un camino erótico que no la abandonaría jamás.

No escuchó el cruel comentario de Ezequiel a sus amigos referente a la carta. Y mientras la tomaba de las mejillas para mostrar a sus amigos el color de sus ojos, creyó escuchar: "A punto en dos años. Nunca he visto un color de ojos más violeta. Si sos guacha, chinita, vaya a saber qué balcones escaló tu padre".

Eugenia trató de esgrimir su facón de plata. "Cuidado, no pesa lo reglamentario", interrumpió un amigo. Ella había escuchado decir a la peonada: "Menos de treinta y cinco kilos, cadena perpetua".

Pero la carcajada le impidió escuchar la respuesta de Ezequiel. De regreso al casco de La Amalia, sintió el efecto de su conjuro

diabólico; una tormenta de Santa Bárbara que arrase los campos, desborde las aguas de la laguna, borre las cosechas, que desaparezcan los techos del castillo, el gorgojo reviente el trigo y todos los males satánicos de la tierra impidan la boda.

Sin embargo, todo sucedió como se había previsto; los coches que venían de Buenos Aires y de todos los rincones de la provincia clausuraron la Ruta dos. El aire tibio olía a heliotropo como quería Amalia, y los invitados invadieron los últimos rincones del castillo y el parque.

Amalia hija se colocó la corona de perlas: —El ramo de azahares te lo guardaré para tu boda— dijo a Eugenia. Después, cuando me haya ido, no dejes de acompañar a mamá, la diviertes mucho, no olvides que sos insomne como ella.

Después vino el mayor de los hermanos de su difunto padre y se la llevó escaleras abajo, atravesaron el jardín y entraron en la capilla. Eugenia siguió el cortejo escondida entre las faldas de seda, encaje y tules de las invitadas. Nadie reparó en ella. No levantó los ojos hacia Ezequiel y cuando él pasó a su lado, del brazo de la novia, le acarició de nuevo los cabellos.

—No me la llevo lejos, no te preocupes, apenas unas leguas... Seremos vecinos.

Le hubiera enterrado su facón de haberlo llevado con ella esa noche, en lugar del maldito cinto de tarlatán.

Ese solo sentido de posesión hacia Amalita "no me la llevo lejos" la hizo desaparecer junto a la peonada que comenzaba a emborracharse y

a bailar, junto al haras que olía pestilente en esa cálida noche de diciembre.

Decidió entonces alejarse hacia el bosque de eucaliptos que bordeaba la laguna Monasterio, segura de que los invitados no llegarían hasta allí. Recogió un gato negro, lo envolvió en una servilleta de hilo y encaje y se encaminó hacia el bosque de eucaliptos acompañada por el ritmo de la orquesta de Eduardo Armani, que, en el ala oeste, ahora ensayaba "La vida color de rosa".

Al llegar a la laguna, se acomodó para descansar en una mata de hojas secas, residuos del otoño; prefirió la mata de hojas a los bancos pompeyanos, reliquia de la estancia, que bordeaban las aguas. Veintiocho. Los había contado. Traídos de Catania por el finado patrón, huecos, de piedra volcánica con tapa de alabastro, semejantes a catafalcos romanos, labrados con figuras en relieve: serpientes con lenguas partidas en dos, sirenas mutiladas y guerreros sin espada.

El crujir de las hojas denunció unos pasos ligeros. Eugenia, inmobilizada por el miedo, ahogó un grito ante la visión de tules y encajes blancos que levantaban la tapa de un banco con un grifo y desaparecían en su interior. La voz de Ezequiel retumbaba ahora en la copa de los árboles. Y el imprevisto viento huracanado del sur de la provincia que comenzaba a levantarse, distorsionaba y convertía en quejido sus palabras: "Amalita, no estoy borracho, te lo juro... Te voy a respetar. No estoy borracho..."

Eugenia apretó el gato contra su cuerpo, poseída de terror, corrió con toda la velocidad

de sus piernas y el bosque quedó atrás cuando llegó al rancho, donde su padre descansaba profundamente dormido.

La tormenta que se desató entonces, respondía a la conjura de Eugenia. "La más importante del siglo", comentarían los paisanos. Una tormenta de principios de verano, que arrastraba pájaros, árboles, tejados, desbordaba la laguna de las Reverencias con sus veintiocho bancos pompeyanos que la circundaban hasta cubrirlos por completo. No volvieron a la superficie hasta principios del otoño. Todos indiferenciados, más hermosos que nunca, lavados por las arenas y los guijarros de la laguna Monasterio.

No cedieron las lluvias hasta las Navidades. La peonada fue alertada al amanecer, cuando los invitados habían partido, de la desaparición de Amalita. Se azuzaron los perros de la estancia, sumados a los de la policía de General Guido y Lezama, pero todo fue inútil.

Amalia madre yacía postrada por sedantes. Eugenia y las mujeres de los policías y algunas puesteras, permanecían a su lado. Ezequiel, sin quitarse el jaqué, demacrado y mustio, enfrentaba los distintos pelotones de búsqueda bajo la copiosa lluvia que hacía intransitables los caminos. Se enviaron chasquis a todos los puestos. Al final de la tarde, cuando llegaron los periodistas de Buenos Aires —también un helicóptero de la Policía Federal—, se decidió rastrear la laguna.

Los días siguientes fueron de un ir y venir constante de policías y personal de investigaciones privado. Se habló de secuestro, de raptó,

de venganza, de un complot, del fin del gobierno peronista. Ezequiel relataba los hechos como un juego: "A Amalita se le antojó pasear por el parque antes de regresar. ¿Qué hay de malo en ello?". Ellos habrían jugado a las escondidas en su noche de bodas como la novia de Módena.

Después de varios días de búsqueda infructuosa, la policía abandonó el castillo. Amalia y los Laplacette decidieron elegir el silencio para respetar la humillación de Ezequiel y hasta prefirieron inventar una huida de amor de Amalita cuando se sentían presionados. Terminaron creyéndola y guardaron silencio. "Amalita siempre fue impenetrable. No sabemos nada de ella. Nunca hablaba con nadie; no tenía amigas. Tal vez aparecerá en el sur casada con un cabecita negra".

Nadie interrogó a Eugenia. Ante la infructuosa búsqueda, Ezequiel partió para Inglaterra. Amalia eligió la suprema adhesión a los sedantes. El Mandrax resplandecía en los distintos pastilleros de plata y oro bizantinos de su colección. Sólo admitía a Eugenia en su encierro, a quien en las madrugadas se la veía en un sulky llegar a la escuela normal de Lezama. Amalia madre se despertaba a su regreso. Su tiempo se dividía entre el estudio y entretener a Amalia despierta. Esta jamás volvió a pronunciar el nombre de su hija, convencida de que se había escapado con un "sotreta" para oprobio de toda una generación. Mejor, así no tendría que reconocer a sus nietos.

Eugenia crecía en belleza y sabiduría. Viajaba cada quince días a Buenos Aires para ver

teatro y recorrer librerías. Amalia permanecía rodeada de cajas de bombones, soñolienta y feliz y cuando Eugenia se recibió de maestra decidió recorrer mundo acompañada por ella. Descubrió que los somníferos eran más poderosos en Teherán o en París que en su castillo de Monasterio.

Eugenia recorría con ella las ciudades en ómnibus turísticos y por las noches —ya dosificada Amalia—, bajaba sola al comedor donde su belleza resplandecía, para iniciar el rito de la atracción furtiva que la arrojaba al cuarto de un pasajero anónimo a quien abandonaba al amanecer para partir al día siguiente hacia otro país.

En los teatros, Amalia dormía plácidamente y comía chocolates almendrados de Ruper-mayer de París, Chez Angelina: sus predilectos.

Una tarde, en el Claridge de Londres, recibieron la visita de Ezequiel. Todos los interrogantes se habían borrado de su rostro. Extrañaba sus campos, ahora que había perdido a sus padres y sentía deseos de regresar a su patria. No se habló de otra cosa que de la belleza de Eugenia. Amalia le informó, con voz temblorosa, que Dios le había devuelto a su verdadera hija.

Eugenia comprendió que no había dejado de amarlo ni un solo instante, desde aquella noche de bodas en Monasterio, cuando una y mil veces le acarició los cabellos frente al espejo y la retuvo en sus rodillas.

Cuando se despidieron en Dover, sabía que Ezequiel regresaría en su búsqueda.

La boda se realizó en Buenos Aires y sólo

asistieron Amalia, un hermano de Ezequiel y algunos sobrinos. Esa misma noche partieron para Mar del Plata. Al pasar frente al casco, Eugenia sugirió detenerse. Ahora eran sus tierras y le costaba convencerse. Tomados de la mano recorrieron el feudo y cuando llegaron a la laguna, pidió a Ezequiel que la besara junto a cada uno de los bancos de mármol y alabastro.

Al llegar a ese banco, donde tal vez estaba sepultada Amalia hija, Eugenia rogó a Ezequiel levantara el alabastro. Arrodillada, comenzó a llorar.

—No debimos venir aquí— dijo Ezequiel.

—Por favor, levanta la tapa, levántala —suplicaba Eugenia—. Son huecos, los bancos son huecos, tengo encerrado un recuerdo, desde niña.

Ezequiel buscó un cricket de su coche para satisfacerla. “Algún escondrijo de niña”, se repetía con enfermiza curiosidad. En un penoso esfuerzo consiguió separar la tapa de su base sin ver el interior. Un esqueleto vestido de tules blancos apareció ante los ojos de Eugenia. Eugenia lanzó un alarido y se desmayó.

Al despertar, Ezequiel la besaba con desesperación tratando de consolarla:

—Nada, no hay nada. ¿Qué viste? ... Sólo hay polvo sobre el mármol, nada más.

Se incorporó como pudo y sólo vio, en el fondo del catafalco, entre musgos y gusanos, un ramo de azahares todavía vivos, que dejó olvidado Ezequiel.